

del ejército de Ultramar, cuyos jefes y oficiales regresaron á la Península despues de la definitiva pérdida de nuestro continente colonial, siendo este general hombre que gozaba de grande autoridad y prestigio en el ejército y entre las influencias de la situación imperante. La circunstancia de haber las facciones de las tres provincias vascongadas buscado refugio en Navarra, ahuyentadas por la persecucion de las columnas de la Reina, infundió á Valdés la confianza de que en breve lograría pacificar el país, haciéndoselo así entender al gobierno, y en su consecuencia, deseoso de que sus vaticinios tomasen el carácter de hechos consumados, dispuso que el baron del Solar de Espinosa al frente de una columna marchase á castigar la audacia de los cabecillas Verástegui, Goñi y Gándara, que habian vuelto á hacer excursiones en el territorio vascongado. En la primera quincena de diciembre avistó el baron las fuerzas carlistas que mandadas por La Torre ocupaban á Guernica, y no tardó en trabarse entre ambos contendientes el primer desgraciado encuentro que empañó los triunfos hasta entonces alcanzados sobre los carlistas por las tropas de la Reina. En vano los soldados del baron se condujeron con bizarría igual á la que animaba á su jefe; los carlistas habian en pocos dias adelantado en disciplina y sostuvieron con denuedo y empeño un combate del que salieron ganosos, causando al baron mas de cien bajas, la mayor parte prisioneros. Mas no queriendo el último darse por vencido, intentó nuevamente apoderarse de Guernica, designio que no logró, viéndose obligado á retirarse nuevamente rechazado con pérdida de muertos y heridos.

Sabedor Valdés del desastre corrió al frente de tres mil soldados en persecucion de los carlistas, pero no lo esperaron estos, cediendo el paso á Valdés, que entró en la poblacion sin obstáculo el 26 del antedicho mes, habiendo arrollado en las inmediaciones de Durango á un batallon insurrecto que pretendió detener su marcha.

No quiso por su parte permanecer ocioso el nuevo virey de Navarra Sarsfield, y al frente de las fuerzas que pudo reunir salió de Pamplona en busca de Zumalacárregui á quien avistó en Dicastillo; pero el jefe carlista sin eludir el combate supo tomar posiciones ventajosas en las que no juzgó Sarsfield debia atacar á su enemigo, y sin tampoco volverle la espalda, maniobró el general de la Reina á efecto de atraer á Zumalacárregui á otro terreno. Gran conocedor de la topografía del país, y tan resuelto como precavido, el jefe navarro comprendió el juego de su adversario, y mostrándose maestro en el arte de eludir encuentros que pudieran serle adversos y en el de provocar al enemigo cuando podia hacerlo con ventaja, trajo á Sarsfield en su seguimiento y sin dejarlo descansar de la Solana á la Ribera en marchas y contramarchas sin resultado, lo que bastó para hacer comprender á Sarsfield cuánto aquella guerra tenia de local y de desventajosa para quien con insuficientes fuerzas no podia contrarrestar á la vez á la movilidad del enemigo en armas, y á la mala voluntad de la poblacion ganada en su gran mayoría á la causa de la insurreccion.

Sarsfield no quiso prolongar su estéril campaña y regresó á Pamplona confiando al brigadier Lorenzo y al coronel Oraá las fuerzas de que disponia.

DOCUMENTO NUM. 1

MANIFIESTO DE DON CÁRLOS

«¡Cuán sensible ha sido á mi corazon la muerte de mi caro hermano! Gran satisfaccion me cabia en medio de las aflictivas tribulaciones, mientras tenia el consuelo de saber que existia, porque su conservacion me era la mas apreciable. Pidamos todos á Dios le dé su santa gloria si aun no ha disfrutado de aquella eterna mansion.

»No ambiciono el trono; estoy léjos de codiciar bienes caducos; pero la religion, la observancia y cumplimiento de la ley fundamental de sucesion y la singular obligacion de defender los derechos imprescriptibles de mis hijos y todos mis amados sanguíneos, me esfuerzan á sostener y defender la Corona de España del violento despojo que de ella me ha

causado una sancion tan ilegal como destructora de la ley que legítimamente y sin alteracion debe ser perpetua.

»Desde el fatal instante en que murió mi caro hermano—que santa gloria haya,—creí se habrian dictado en mi defensa las providencias oportunas para mi reconocimiento; y si hasta aquel momento habria sido traidor el que lo hubiese intentado, ahora será el que no jure mis banderas, á los cuales, especialmente á los generales, gobernadores y demás autoridades civiles y militares, haré los debidos cargos cuando la misericordia de Dios, si así conviene, me lleve al seno de mi amada patria, y á la cabeza de los que me sean fieles. Encargo encarecidamente la union, la paz y la perfecta caridad. No padezca yo el sentimiento de que los católicos españoles que me aman, maten, injurien, roben, ni cometan el mas mínimo exceso.—El orden es el primer efecto de la justicia; el premio al bueno y sus sacrificios, y el castigo al malo y sus inícuos secuaces es para Dios y para la ley, y de esta suerte cumplen lo que repetidas veces he ordenado.—Abrantes 1.º de Octubre de 1833.—Cárlos María Isidro de Borbon.»

DOCUMENTO NUM. II

SEGUNDO MANIFIESTO DE DON CÁRLOS

«Habiendo recibido ayer oficialmente la infausta noticia de haber sido Dios servido de llamar para sí el alma de mi muy caro y amado hermano el señor rey don Fernando VII (q. e. p. d.) Declaro: que por falta de hijo varon que le suceda en el trono de las Españas, soy su legítimo heredero y rey, consiguiente á lo que por escrito manifesté á mi muy caro y amado hermano, ya difunto, en la formal protesta que le dirigí con fecha 29 de abril del presente año; igualmente que á los consejos, diputados y autoridades, con la del 12 de junio.—Lo participo al Consejo, para que inmediatamente proceda á mi reconocimiento; y expida las órdenes convenientes para que así se ejecute en todo mi reino.—Santarem 4 de octubre de 1833.—YO EL REY.—Al Duque presidente demi Consejo real.»

«Conviniendo al interés de mis pueblos el que no se detenga el despacho de los negocios que ocurran.... he venido en confirmar, por ahora, á todas y á cada una de las autoridades del reino, y mandar que continúen en el ejercicio de sus respectivos cargos.—Tendreislo entendido etc., etc.—Al Duque presidente del Consejo real.»

DOCUMENTO NUM. III

MANIFIESTO DE DON CÁRLOS AL EJÉRCITO

Cárlos V á los generales, oficiales, sargentos, cabos y soldados del ejército.

«Llamado por Dios para ocupar el trono español, para defender su santa causa y hacer felices á mis pueblos, me esmeraré y desvelaré hasta conseguirlo, ayudado de los conocimientos y consejos de las personas de mayor instruccion y probidad, que siempre tendré á mi lado. No lo dudeis, estos son mis deseos y única ambicion. Quiero tambien llegar á tan dichoso término con una paz inalterable, y sin que mi real ánimo pacífico de suyo se vea violentado á castigar sin disimulo á los que, desobedientes á mis paternales avisos, continúen obcecados y seducidos oponiendo resistencia á la legitimidad de mis derechos. No permita el Señor ponerme en tan apurado caso. Le pido, por el contrario, os inspire y llame á la conservacion del honor adquirido juntamente con la lealtad y valor inseparables del carácter nacional uniéndose á vuestro rey en la frontera de España, ó á las divisiones ó partidas que en muchas y diversas partes se han pronunciado en mi favor, á cuyos jefes, oficiales y sargentos concedo el ascenso inmediato y el correspondiente sueldo á las mujeres é hijos de los que perecieren en tan justa lucha y un grado á los que de vosotros se presentasen en el término de un mes que señalo contado desde esta fecha sin perjuicio de los demás á que vuestros esfuerzos y sacrificios os hagan acreedores en lo sucesivo; y á mis soldados las distinciones y minoraciones de sus empeños en el servicio que acordaré tan luego como la paz y circunstancias lo permitan.

»Castello-Branco 4 de noviembre de 1833.—YO EL REY.»

CAPITULO III

Organizacion del ejército carlista

Primeros triunfos de Zumalacárregui.—Capitulacion de Orbaiceta.—Accion de Huesca.—Espartero en Vizcaya.—Estado y vicisitudes de las facciones.

No por haberse retirado Sarsfield á Pamplona juzgó el caudillo navarro deber dejar de precaverse contra las operaciones que pudieran emprender Lorenzo y Oraá, y preparándose á hacerles frente escogió la posicion que mas ventajosa juzgó al efecto, situando su fuerza en el valle de la Borunda, en las inmediaciones de Nazar y Asarta. Al frente de sus batallones y á efecto de inspirarles á la vez confianza en sí mismo inculcándoles todo el vigor de la disciplina, mandó dar lectura del siguiente bando: «Don Cárlos V, por la gracia de Dios rey de las Españas, y en su nombre don Tomás Zumalacárregui, comandante general de Navarra y jefe de las tropas de Guipúzcoa y Vizcaya: Hago saber á todos y cada uno de los individuos de este ejército, que deseando cortar los abusos que acostumbra á haber, llegado el caso de un combate, se dictan los artículos siguientes:

»1.º Todo voluntario, cabo ó sargento, que volviere la espalda al enemigo sin expresa orden recibida al efecto, será privado en el acto de la vida.

»2.º Todo voluntario, cabo ó sargento, que en el acto del combate profera las cobardes y alarmanes voces: *que nos cortan.... que viene la caballería.... que no tenemos municiones* ú otras de esta especie sufrirá irremisiblemente la pena de muerte.

»3.º Todo voluntario sargento y oficial que cuando le mandase su jefe acometer á la bayoneta no obedezca, será pasado por las armas.

»4.º El oficial que teniendo orden de defender un puesto lo abandonase ó no hiciese la defensa posible, sufrirá irremisiblemente la pena de muerte.

»5.º Asimismo será juzgado en consejo de guerra, y se le aplicará la misma pena, á todo jefe que dejase impunes los delitos que expresan los dos primeros artículos.

»El presente bando se publicará al frente de los batallones.—Cuartel general de Nazar, 28 de diciembre de 1833.

»El comandante general, *Zumalacárregui.*»

Al despuntar el siguiente dia 29, ordenaba el jefe carlista las disposiciones conducentes á recibir á pié firme al enemigo, y era tal el ánimo que el veterano caudillo logró inspirar á su gente, que al dar estos vista á las columnas de la Reina, léjos de flaquear mostraron su impaciencia de venir á las manos, y respondieron con gritos de entusiasmo á la viril alocucion con que su denodado jefe quiso dar mayor impulso al denuedo de sus soldados.—«Navarros—les dijo—ved ahí la horda revolucionaria que recorre nuestros hogares y los asola. Vuestros padres, hijos y hermanos, al sufrir tantas vejaciones no les atormenta el dolor, porque vive en su corazon la firme esperanza de que han de llevar el castigo de su maldad. Si hoy no los escarmentais, la vergüenza debe cubrir vuestro rostro al presentaros delante de una amada esposa, de un querido padre ó de vuestros tiernos hijos. Navarros, hoy es preciso que reverdezcan los laureles que en tantas victorias habeis recogido. Sea el sepulcro de los impíos este suelo ya regado con su sangre. Vale mas no existir, que existir llevando escrito en la frente el baldon de cobardía. Todos los navarros han preferido la muerte á la ignominia. ¿Seremos nosotros menos? Nuestra patria, madre de tantos valientes, espera la libertad de vuestras bayonetas. No mereceis ser navarros si hoy no se la dáis. ¡Viva Cárlos V!»

Quando una guerra civil llega á tener jefes del temple de Zumalacárregui, acaba siempre por formar soldados merecedores de este nombre, los que una vez que llegan á verse organizados, las guerras civiles se prolongan y acaban como debia concluir en Vergara la de que nos ocupamos, por una transaccion honrosa.

Tambien Lorenzo y Oraá quisieron arengar á sus batallones, y á su frente acometieron con empuje y valentía las posicio-

nes que defendieron los carlistas hasta agotar sus últimas municiones, terminando la lucha por cargas á la bayoneta en las que la ventaja quedó por los cristinos, los que, aun á costa de pérdidas sensibles, se hicieron dueños de las posiciones que habian ocupado los carlistas. Pasaron estos el rio Arqui- ja, retirándose á sus guaridas en direccion de Otero.

Aunque literalmente vencido Zumalacárregui, consideró, no sin falta de razon, que habia obtenido un triunfo moral, no solo en razon á las pérdidas que hizo sufrir á las tropas de la Reina, sino principalmente á causa de haber adquirido la confianza de poder contar con combatientes disciplinados y obedientes á sus órdenes.

Interin Zumalacárregui daba descanso á sus tropas en las Amezeuas, Lorenzo y Oraá emprendieron un movimiento en direccion de Puente la Reina, cuyo punto trató el primero de fortificar á fin de cortar á los carlistas el libre paso del rio Arga.

Dirigieronse estos entonces al valle de Ayezcoa, penetrando en Roncesvalles, donde procuró hábilmente Zumalacárregui atraer á su partido los habitantes de aquellas comarcas, hasta entonces mas inclinados á favor de la causa de la Reina que á la de su competidor. Y no fueron por entonces insensibles aquellos montañeses á las artes del jefe carlista, pues le entregaron sin resistencia el armamento que poseian y que fué de gran precio para los navarros; docilidad que Zumalacárregui supo recompensar prescribiendo á sus soldados no molestar en manera alguna á los habitantes, é imponiendo severas penas á los que infringiesen esta orden.

Llenado que hubo el jefe carlista su objeto, tomó el camino de Lumbier, movimiento que habiendo hecho creer á Oraá que Aragon podia ser invadido, abandonó á Puente la Reina, Los Arcos y Estella, no sin dejar estas poblaciones fortificadas al dirigirse en seguimiento del enemigo. Prevenido este á tiempo, merced al excelente espionaje que tan cumplidamente servia la causa de don Cárlos, supo deslizar á tiempo parte de sus fuerzas hácia Sangüesa, y el resto de ella, conducida por Zumalacárregui, marchó á Nagore; movimientos que indujeron á Oraá á dirigirse en persecucion de las fuerzas que conducia Iturralde y á Lorenzo á marchar en persecucion de Zubiri, de cuyas resultas, y viéndose Zumalacárregui sin enemigos al frente, concibió el audaz proyecto de apoderarse de la fábrica real de Orbaiceta, guarnecida por doscientos hombres al mando del coronel Bayona. Llegado que hubo al frente de la poblacion, intimó al jefe que la custodiaba la inmediata rendicion de aquel punto, acompañada de la obligada amenaza de, en caso negativo, pasar la guarnicion á cuchillo. No creyendo el coronel Bayona poder defender con éxito la posicion, dió oidos á la propuesta capitulacion, la que en efecto se llevó á cabo el dia 27 de enero de 1834, á despecho de la oposicion de varios oficiales de la guarnicion que, movidos por el legítimo sentimiento de la honra militar, creian que la rendicion debia ser precedida por hechos de armas cuyos resultados la hiciesen indispensable.

En un documento anexo al final del presente capítulo se halla el texto de aquella capitulacion (1) que valió á los carlistas un punto fortificado, un cañon de bronce, gran repuesto de fusiles, cincuenta mil cartuchos y valiosos efectos de guerra, haciendo además doscientos prisioneros. La toma de la fábrica de Orbaiceta fué el preludio de las ulteriores conquistas de puntos fortificados por medio de los cuales debian adquirir los carlistas la excelente base de operaciones de que tanto partido supieron sacar.

La noticia de la rendicion de Orbaiceta estimuló el celo del general en jefe don Jerónimo Valdés, decidiéndolo á ponerse al frente de una columna de seis mil hombres con los que marchó en busca del temible enemigo cuya pericia y fama eclipsaba ya la de los generales de la Reina. Ocupaba Zumalacárregui á Lumbier al frente de mil quinientos hombres, y sabedor por sus confidentes de la direccion que tomaba el enemigo, cambió de posicion abandonando á Dometio, marchando en direccion de Navascués, desde donde se dirigió el 3 de febrero á ocupar una altura que juzgó ventajosa y que daba

(1) Véase el documento núm. 1 del Apéndice de este capítulo.

frente al pueblo de Huesa. De corto tiempo había dispuesto Zumalacárregui para ordenar su hueste en dicha posición, no obstante lo cual recibió el ataque de Valdés á pie firme, y aun disputándole con obstinación el terreno hubo de ceder á la superioridad del número y á la falta de municiones. Con la humanidad que le era característica, el general de las tropas de la Reina recogió los heridos que el enemigo había dejado sobre el campo de batalla, recomendándolos al párroco de Huesa y prodigándoles todos los auxilios que su situación reclamaba.

Léjos de abatirse por aquel revés el hombre de hierro que capitaneaba las facciones, dió á luz su terrible circular, fecha 9 de febrero, por la cual prodigaba la pena de muerte á las autoridades que obedeciesen las órdenes del gobierno de la Reina ó dejases de obedecer á las dictadas en nombre de don Carlos, circular que la historia verá con horror, pero á la que no podrá negarse que su objetivo conducía á un fin altamente provechoso á la causa del pretendiente, atendida la situación respectiva en que se hallaban los beligerantes y al espíritu que animaba al país.

Otro hecho de armas igualmente honroso para Valdés siguió al disputado triunfo que había logrado en Huesa. Sabedor del peligro en que se hallaba la corta guarnición de Elizondo, sitiada por Sagastibelza al frente de seiscientos hombres, dirigióse á marchas forzadas en auxilio de los sitiados, á los que logró libertar de la suerte que había cabido á la guarnición de Orbaiceta.

Después de esta corta correría, Valdés se dirigió á Vitoria pasando por Pamplona, llevando consigo todas las fuerzas que halló disponibles, no sin haber al mismo tiempo reforzado á Lorenzo, encargado de seguir las operaciones de Navarra. Al llegar á Irurzun supo Valdés que quinientos guipuzcoanos, á las órdenes de Alzá, habían penetrado en la Borunda, y se hallaban en Echarri-Aranaz. En su persecución destacó la fuerza de caballería que lo acompañaba, y siguió á Vitoria, donde llegado que fué, y descorazonado al ver la inutilidad de sus esfuerzos contra enemigos que siempre sabían eludir las combinaciones contra ellos dirigidas, y en posesión de un país que moralmente dominaban; resentido además de la conducta que achacaba al general Quesada, cuyas providencias y movimientos de tropas consideraba como ingerencias contrarias á las atribuciones del general en jefe, y enfermo de cuerpo y de espíritu, dimitió Valdés un mando del que no esperaba sacar gloria, y en el que, por el contrario, veía una ocasión de desprestigio, y el menoscabo para su bien adquirida reputación militar. Antes de que Valdés llegase á ser reemplazado, tuvo lugar un pequeño combate en Agurdin, combate de resultados insignificantes, pero que ofreció un nuevo indicio de la buena organización que los carlistas iban adquiriendo.

Algo más serio acontecía por aquellos días entre Espartero, comandante general de Vizcaya, y los rebeldes La Torre, Zabala y Luqui, quienes se presentaron al frente de Guernica intimando la rendición del destacamento que la guarnecía. Salió Espartero de Bilbao en auxilio de los sitiados al frente de mil trescientos hombres, que componían todas las fuerzas que le fué posible reunir. Aunque halló á los sitiadores en número muy superior, llevado del noble arrojo que siempre caracterizó á tan popular caudillo, arrolló las fuerzas enemigas y penetró en la población. Pero aquel acto de insigne valor no lo fué á igual grado de prudencia, pues al siguiente día los carlistas acudieron con considerables refuerzos y vióse Espartero tan apurado que no pudo menos de informar al general en jefe de la crítica situación en que se hallaba. Salió en su consecuencia Valdés de Vitoria en socorro de los sitiados el mismo día en que Espartero había tomado por asalto á Guernica, detúvose en Salvatierra y en San Vicente de Arana á dictar providencias conducentes á contrarrestar el rápido desarrollo que tomaban las facciones, y sabedor en dicho punto del inminente peligro en que Espartero se hallaba, agravado en gran manera por las frecuentes deserciones al enemigo de individuos de los cuerpos de la guardia real, dispuso Valdés que inmediatamente marchase el brigadier Benedicto con todas las fuerzas disponibles en socorro de Guernica. Pero antes que pudiese llegarle el requerido auxilio, el bizarro Espartero,

después de haber sostenido cinco días de sangrienta lucha contra los sitiadores, aprovechó sagazmente la noche del 23 de febrero para abandonar el pueblo, burlando la vigilancia del enemigo y llevándose consigo los enfermos y el material de la guarnición.

En su marcha hacia Bilbao halló Espartero ocupado á Bermeo por un batallón carlista, al que sin vacilar atacó, causándole setenta muertos y haciéndole treinta y dos prisioneros, con cuyo trofeo entró en Bilbao por la noche del día 24.

Otro mayor descalabro, pero sin compensación, debían sufrir por aquellos días las tropas de la reina en Zubiri y Urdaniz. Después de haber dado algunos días de descanso á sus huestes en Navascués, dirigióse Zumalacárregui á Olague, y avisado dos leguas antes de llegar á este punto por un espía doble (que siéndolo á la vez de los cristinos lo vendía para mejor servir la causa de don Carlos) de cuáles eran las posiciones que ocupaban Oraá en Zubiri y de la venta donde se hallaba su caballería, improvisó sobre la marcha uno de aquellos atrevidos golpes de mano que tan frecuentes son en los verdaderos hombres de guerra. Mandó Zumalacárregui hacer alto á su división, y escogió cuatro compañías y la de guías, ocultándose con ella en un cercano monte. A las doce de la noche y á la luz de una hoguera alimentada por trozos de roble que hizo abatir, dictó las órdenes siguientes: Que tres de las cinco compañías entrasen rompiendo un vivo fuego en el pueblo de Urdaniz, donde se alojaban quinientos cristinos; que otra compañía atacase á Zubiri, desde donde descansaba Oraá, interin la restante fuerza embestiría á la venta. Explicado por Zumalacárregui su plan á los que debían ejecutarle, y habiendo designado para el mando de cada destacamento á los oficiales que más aptos le parecieron, marcharon estos á ejecutar las órdenes de su jefe, y á las dos de la madrugada se rompió simultáneamente el fuego contra Zubiri y contra Urdaniz. Sorprendidos los cristinos trataron de hacerse fuertes en el primero de dichos pueblos, contestando vigorosamente al fuego desde las ventanas de sus alojamientos. En Urdaniz fué todavía la lid más sangrienta. Los sorprendidos en este pueblo, al ver penetrar en las casas á los carlistas, los recibieron con arma blanca, y usando de las mismas los contrarios, las escaleras y los zaguanes se convirtieron en un matadero de víctimas humanas.

Los carlistas que atacaron la venta se hicieron dueños de todos los caballos de la columna, dando muerte á los que no pudieron llevarse, siendo para ellos el fruto de aquella memorable sorpresa un rico botín de prisioneros y de caballos.

Repuesto Oraá del inesperado golpe, púsose en marcha en persecución del enemigo, pero hallando á Zumalacárregui á corta distancia ocupando fuertes posiciones, tuvo el buen acuerdo de detenerse para no empeorar la jornada.

Durante los mandos de Valdés y de Quesada, la defensa del territorio de la provincia de Vizcaya se halló confiada al nuevo y vigilancia del general Espartero. Hallábase en Durango el 22 de abril, cuando recibió el parte de que Cástor Andechaga al frente de mil de los suyos amenazaba á Portugalete, y con la serenidad y decisión que siempre caracterizaron los movimientos del patriota general, no se detuvo en Bilbao y siguió apresuradamente en busca del enemigo, el que en vano trató de oponerle empeñada resistencia en el puente de Burceña, que forzó Espartero, pasando sobre los cadáveres de sus enemigos, libertando á la población á precio de la propia sangre del caudillo liberal, que salió herido en aquella sangrienta jornada.

Después de este brillante hecho de armas tuvieron lugar otros dos encuentros, el primero en Sollabe y el segundo en Urigosti, en los que, como era ya habitual desde que los carlistas se habían organizado, ambos beligerantes experimentaron pérdidas casi iguales, como sucedía siempre que los combates no eran decisivos.

Antes de ocuparnos de las operaciones que emprendió en las Provincias Vascongadas y en Navarra el general que sucedió á don Jerónimo Valdés, conviene, para formar idea del fiero desarrollo que debía tomar la guerra civil, enumerar el estado en que se hallaban las facciones en las demás provincias del reino.

Las de Cataluña fueron las primeras que respondieron al llamamiento insurreccional de los navarros y de los vascongados. No tardó en presentarse en las provincias del antiguo Principado un fenómeno bastante parecido al que habían ofrecido en el trascurso de la segunda época del régimen constitucional. En las ciudades populosas, como Barcelona y demás capitales, en los pueblos fabriles, y por lo general en los dilatados valles que forman los llanos de las provincias catalanas, la opinión liberal predominaba entre la mayoría de sus habitantes; por el contrario en la parte montuosa y entre las clases agrícolas, merced principalmente al influjo del clero, prevalecía la afición á don Carlos. El capitán general Llauder sacó todo el partido posible de la buena disposición de las clases ilustradas y de los industriales, y formó batallones de voluntarios urbanos, haciendo cuanto pudo por vigorizar el espíritu público.

Algo más importante hubiera podido alcanzar por aquel tiempo, como más tarde lo consiguió, la causa carlista, merced á los grandes esfuerzos hechos por sus partidarios, si no hubiese fracasado la estratagema de la que fué protagonista el infante don Sebastian. Presentóse este en Barcelona después de haber jurado fidelidad á la Reina, y por consiguiente antes de haber ejecutado acto alguno de rebeldía, y fué, como no podía menos de ser, recibido por el capitán general Llauder con las consideraciones debidas á un infante y á un capitán general del ejército español. Acompañaban á don Sebastian varios conjurados carlistas, circunstancia que puso en alarma al capitán general y le autorizó á hablar al infante con suma energía, sin que, sin embargo, le fuese lícito proceder contra quien aun no se había entregado á ningún acto ostensible de rebelión. Don Sebastian llevaba evidentemente á Cataluña el intento de madurar y de dirigir la insurrección que activamente preparaban los partidarios de don Carlos desde el punto en que se consideró en peligro la vida del rey, pero hubo de intimidar al infante la actitud de Llauder y abandonó á Barcelona sin ulterior procedimiento.

Más audaz ó más confiado Romagosa, destinado á dirigir la insurrección catalana después que hubo estallado el gran pronunciamiento de octubre del año anterior, y designado ya como su futuro jefe, marchó á Génova, donde protegido por el gobierno sardo y provisto de recursos fletó un bergantín bajo la bandera de aquel reino y á su bordo arribó á las playas de San Salvador, donde se ocultó en casa del párroco de Selvas, consagrándose á dar impulso á sus planes; pero Llauder, cuya policía era muy activa, seguía con vigilancia los pasos de Romagosa que, aprisionado á pocos días después, pagó con su vida un celo del que no pudo utilizarse la causa que servía.

Si en las provincias del Norte era ya compacta y temible la organización militar de los carlistas al terminar la primavera de 1834, hallábase todavía muy en embrion en las provincias del Este. La contigüidad de los territorios de Cataluña y Aragón ocasionaba que respectivamente se corrieran las fuerzas de uno y otro bando más allá de sus confines oficiales, eventualidad que en los primeros días de abril vino á realizarse junto á la población de Mayals, frontera entre las provincias de Tortosa y Teruel. Concurrieron á aquella acción Carratalá y Breton, y por los carlistas Carnicer y Cabrera, todavía subordinado de este último cabecilla, al que debía antes de mucho reemplazar.

Hemos hasta ahora guardado silencio sobre el hombre que tan ancho lugar debía ocupar en la guerra de los siete años, reservando para el momento en que Cabrera reasumió el mando superior de Aragón y territorios limítrofes, dar á conocer al que después de Zumalacárregui ha sido la segunda figura del carlismo militante. Es fama que el futuro conde de Morella hizo su aparición en las filas del partido al que debía hacer tan señalados servicios, en los días en que las fuerzas mandadas por Breton sitiaron á Morella, y corren versiones sobre que el recluta adolescente que tanta fama de valiente estaba destinado á adquirir pasó rápidamente en dicho día de la timidez hija de la sorpresa y de la novedad á la posesión de aquella sangre fría y arrojo que caracteriza á los veteranos.

Este futuro personaje carlista, reducido al papel de segun-

do todavía de Carnicer, combatió esforzadamente en los campos de Mayals, jornada en la que los carlistas se propusieron extender su base de operaciones ligando las comunicaciones de sus columnas en Cataluña y Aragón. Pero todavía no había llegado el momento de que Cabrera imperase soberanamente en el Maestrazgo, y solo cupo en suerte á los carlistas dejar en la jornada de Mayals trescientos hombres tendidos en el campo y setecientos prisioneros en poder de los generales cristinos.

A aquella época pertenecen algunos otros hechos de armas, que si bien no reclaman lugar preferente, no deben ser del todo pasados en silencio. Es uno de ellos el relativo á un ingenioso ardid de Cabrera, por medio del cual sorprendió algo cómicamente á los urbanos de Villafranca del Cid. Presentóse el caudillo carlista en este pueblo con algunos de los suyos á quienes había hecho revestir uniformes aprehendidos á los soldados de la reina caídos prisioneros en Morella. Entrado que hubo en Villafranca llamó al alcalde y le invitó á reunir á los nacionales para marchar juntos en busca de los carlistas. Sonó el tambor, y habiendo acudido los urbanos al llamamiento y formados que estuvieron en la plaza, dirigióse Cabrera la palabra en los términos siguientes: «No he engañado á ustedes al mandar que se reuniesen para perseguir á los carlistas. Aquí estamos, yo soy Cabrera, empecemos, pues, el combate; pero si ustedes quieren, si lo creen más prudente, entrégueme las armas y vuelvan á sus faenas.»

Prefirieron seguir este consejo los urbanos y no hubo derramamiento de sangre.

Sin haberse todavía arraigado en el Maestrazgo el absoluto dominio que más tarde debía asentar Cabrera en aquella comarca, recorrían los carlistas con impunidad todo el territorio del bajo Aragón. El 28 de marzo el fuerte de Daroca se entregaba á Carnicer, y casi al mismo tiempo la ciudad de Calatayud veía entrar en sus muros á los carlistas, refugiándose en Zaragoza la corta fuerza que la custodiaba.

En los últimos días del mes de mayo Carnicer, batido por Noguera, recogió sus dispersos, y algún tanto rehecho tuvo un encuentro con el coronel Mazarredo, el que auxiliado á tiempo por Noguera evitó el descalabro. Irritados los carlistas de no verse tan bien servidos como lo requería el éxito de sus movimientos, maltrataron á los ayuntamientos, conminando con pena de muerte á los que no les dieran anticipadas noticias de la situación del enemigo. Poco después hubo un combate en Ariño que no fué del todo ventajoso á las armas de la Reina, habiendo estas sufrido mayor pérdida que la que causaron al enemigo.

Un hecho que la historia debe consignar tuvo lugar por aquel tiempo. Ofició Cabrera al gobernador de Tortosa, proponiéndole el canje de los prisioneros que había hecho en Alfaro por los carlistas que aquel había aprehendido en sus domicilios, propuesta que, léjos de ser acogida por aquella autoridad, no solo dispuso el fusilamiento de aquellos desgraciados, sino que redujo á prisión á la madre de Cabrera como medio de garantizar la vida de los prisioneros de Alfaro, resolución á la que tuvo el jefe carlista la templanza de contestar poniendo en libertad á sus prisioneros en la esperanza no realizada de que su madre lo fuese igualmente.

Alarmados los jefes liberales que operaban en Aragón por el incremento que tomaban los carlistas, mostrábase activos en perseguirlos, y los atacaron entre Verje y Allora, donde les mataron cuarenta hombres, haciendo buen número de prisioneros, á los que cupo la bárbara suerte de ser fusilados, según la implacable política reinante en aquel tristísimo período de la guerra civil.

Habían sido igualmente batidos Quilez en Zornoles y Forcadell en Cinctorres, de resultas de cuyos descalabros buscaron refugio en sus guardias; suerte que igualmente cupo á Carnicer, y presentóse tan risueña en aquellos días la campaña para los liberales, que engreídos con la esperanza de terminar pronto la guerra, permanecieron ociosos bastante tiempo dando así lugar á Cabrera para que reorganizase su gente, tomase la ofensiva en fines de setiembre, y pusiese sitio á Beceite. No consiguió tomar el pueblo, habiendo sido sus defensores oportunamente auxiliados por una columna liberal.